

Arquetipo colombiano

AUGUSTO RAMIREZ MORENO*

(Discurso pronunciado en la ciudad de Cúcuta en el primer centenario de la muerte del General Santander).

“No puede estar escondida una ciudad situada sobre un monte”. —*San Mateo*—.

“La Historia no abdica”. Su cetro es la vida y su corona el tiempo. La mentira no prevalecerá sobre ella: Jesús es Hijo de Dios y transita sobre un collar de milagros aun cuando se retuerzan los agnósticos. La mentira es el polvillo del instante y ligeramente corre y desaparece arrastrada por él. La Historia es “una ciudad situada sobre un monte”.

Francisco de Paula Santander, “el héroe de la Administración Americana”, como lo llamara Bolívar en su lengua deslumbradora y única, es Historia de Colombia que no puede esconderse porque es basílica de estadistas, criba de renegados, ciudad de hechos gigantes, población de sonoros campanarios, plomo de las balas y tenor de las leyes.

¿Qué hizo este hombre, cuándo lo hizo y dónde? La posteridad ha dado respuesta a esas preguntas con palabras transmutadas en

* Embajador. Ministro y Parlamentario. Dejó varias obras publicadas y entre ellos destacamos: “*Los Leopardos*”, y “*Episodios*” y su libro acerca de Disraeli y Melerlinck.

bronce, que envuelven a Santander como una mortaja donde la vida no se apaga sino que tiene crepitación de hoguera. Ese nombre es desde hace cien años alado dardo de metal que horada el tiempo con la rigidez fulgidora de un cometa; y cuando nuestras cabezas hundidas en el polvo rían su frenética y silenciosa carcajada sobre el anónimo esqueleto, Francisco de Paula Santander continuará lleno de luz, alzado —como las estrellas— en el aire.

Donde no era posible hacer el orden, Santander la instaure; donde la Administración habría sido sólo un nombre entre la anarquía espontánea, Santander esculpió un método gobernado por los funcionarios. Los mandatos, las exigencias y las previsiones, marchaban a lomo de bestia, por escarpados caminos, sobre distancias irrevocables; y si una orden telegráfica llegada a tiempo y por lo menudo explicada, ocasiona yerros de interpretación y cóleras y desastres, cuánta paciencia y previsión y magnanimidad serían precisas al “Héroe de la Administración Americana” para que las cosas marcharan y para que los hombres cumplieran. Si con personal versado y culto los equivocaciones no se evitan, qué decir del funcionarismo impreparado de los días granadinos y del rigor, la claridad, la constancia y el orden que eran precisos en ese Comodoro de nuestra Burocracia que estaba a su cabeza, porque era el más apto y el más puro, y porque Bolívar lo quiso. Levantar dineros, reunirlos y enviarlos, sostener guerras gloriosas y remotísimas, cuando el pueblo estaba exhausto y cuando no existía ni sistemas de trabajo, ni vías, ni contabilistas como mastines y casi ni las seguridades físicas indispensables para que los recaudos no huyeran, son proezas que alzan a su autor a un grado de perfección civil tan alto y fulgurante como raro.

El señor General Santander tuvo osatura de Procónsul. Su tamaño era colosal para su medio. Tenía flotante la oscura melena de hilos largos, esteparía la frente, los parietales catedralicios, la ceja perfecta, sombrío el soberbio ojo impávido, la nariz bruñida, elevada y blanca; fuertes y generosos labios, y era el mentón sublimemente curvo: lacabeza toda era como un ancla lanzada por la Historia sobre el peñasco de los hombros! La toga fue en su flanco vaina para el estoque, lo cual quiere decir que la Jurisprudencia era claustro donde hizo penitencia por tanto brillo mundanal su espada. Sus botas militares transitaron por el Mando con un apagado rumor de terciopelo. Sus fusilamientos no fueron gritos del alma sino exigencias de la Soberanía débil y oscilante. En Casanare mata la anarquía, reúne, marcha y contramarcha, desespera a Barreiro y es de Bolívar

la esperanza. En Paya libra descomunal batalla: toma su vanguardia, unos centenares de hombres, para escalar y atravesar la abrupta garganta, inaccesible casi al peón y a la bestia, cuanto más para un ejército! A las naturales defensas, agréganse las fuertes avanzadas de un adversario irrompible, digno de llamarse español. El rechazo en Paya, tan fácil que el enemigo habría podido vencer a seis mil hombres, sería para los patriotas el regreso al Llano, inundado y poco hospitalario, aborrecido por aquellas gentes enfermas. Era indispensable desalojar al adversario de aquella posición tremenda... y desalojarlo parecía imposible. Mas, Francisco de Paula Santander es en aquel momento ejecutor del Destino. La Independencia de su Patria llénalo de claridad interior, de certidumbres inexhaustas, de ímpetu felino, de imperiosas palabras. El corazón arrebatado hacia la mortífera garganta, y su voz, cual si fuera vino, incita al heroísmo. De las rotas arrugas peñascosas brotan hombres cuya piel no perpetúan los metales de medallas y estatuas, porque la Inmortalidad parece pequeño galardón para su hazaña. Qué soldados aquellos! Sus ojos latinos, aguzados por la fiebre, vibran como llamas, la frente es lapidaria como las arengas, y de sus flacos y velludos esternones dijérase que son fieras con plumas! La estatura prodigiosa de Santander avanza: en medio a la furiosa vida vegetal, dijérase un árbol de milagro coronado por el divino resplandor del coraje. Su paso aplasta la muerte y horada el ojo frío la meta y a la atmósfera su espada le arranca resonancias de gesta, solemnes tañidos libertarios! Las Termópilas de Paya son una ilustre y decisiva página heroica de la Nueva Granada.

Después vienen el yerto Páramo, los Corrales de Bonza, el Pantano de Vargas, el Puente de Boyacá. Si en Casanare, aun cuando pese al mínimo escenario, obra Santander como un estadista de gran estirpe, creando, armonizando, compactando, previendo y multiplicando; si en Paya transita el guerrero con un rutilar de meteoro; en Boyacá su relieve de táctico, sus condiciones de militar, se hacen mayestáticas. Ni el arroyuelo, ni el puente, ni la colina, ni los hombres, recibieron presagios el 7 de agosto sobre la enorme catarata inagotable que manaría su gloria para todo el Hemisferio desde la ceja azul de aquel horizonte campesino. El pecho tornazol de América se desgonzaba heroicamente —cual una charretera— sobre el hombro de Bolívar y su corazón de paloma dormida despertóse cantando en la mano de Anzoátegui, para posarse luego en el puño de Soublette. La Libertad, en tanto, urgía con su atlético grito —hacia adelante!— la hermosa cabeza con alas de Francisco de Paula Santander. Al fin de la pelea, la Tierra toda se embanderaba con aquel Ejército, y la bandera de

Colombia fingía sol recién nacido, uniforme de parada del Cielo, corazón de la Historia, estrella de sangre en reposo azul sobre un peto de oro!

Una de las querellas más antiguas y más íntimas es la que tengo contra los difamadores de quienes hicieron Patria. Yo imagino a un destructor de la Nacionalidad mostrando a Córdova patológico, a Nariño leguleyo, a Caldas plagiaro, anodino a Torres o mezquino a Francisco de Paula Santander. No cito luchas estériles contra el fantasma divino de Bolívar, porque son locas y merecen compasión. Armarse de un martillo y trepar hasta la rodilla del Emperador de los Andes para romperla, cuando la América entera finge liviana gargantilla pendiente de su tobillo pálido, es apenas el acto de maromeros delirantes. Pero atacar a Santander es ingratitud lesa y antipatria supina. "El error más odioso es pensar que se le sirve a la Patria infamando a quienes la fundaron. Todos los siglos para una Nación, son hojas de un mismo libro. Los verdaderos hombres de progreso son los que tienen por punto de partida un respeto profundo del pasado".

No puede tolerarse la mortal paradoja de quienes comparecen como arquitectos del edificio nacional, pero se arrojan en el fondo de nuestro pretérito y buscan a Santander en la raíz de dolores y sangre para golpearlo con su cuchillo alevé. Debemos someternos al hecho histórico de que Venezuela fue favorita de la Epopeya; pero la máxima gloria de Colombia durante la independencia responde al nombre de Francisco de Paula Santander. Lo más extraño en la frustrada hazaña es que la patente de corso de los iconoclastas, se dice que está firmada unas veces por Bolívar y otras por el partido conservador.

Que se estudie la correspondencia de Bolívar cuando su criterio no estaba ofuscado por la discordia política, y allí se encontrarán elogios de Santander tan encendidos, tan elocuentes y espontáneos, como hasta hoy nadie los hizo. A unos oficiales suyos que venían para la Nueva Granada, les escribe —mucho antes de los momentos decisivos— que deben buscar a Santander por su inteligencia, su abnegación y su fe. Sin desmayos y por años consecutivos guarda fidelidad a ese concepto. Cuando la difícil campaña del Perú, el Libertador con su mano, en cien documentos, hace Historia de Colombia, la que debe valer a nuestros ojos de bolivarianos y de patriotas, afirmando siempre que sin la diligencia tremenda del prócer granadino y sin sus excelencias de administrador y su

pulcritud de gobernante y sin las previsiones de su experiencia de la guerra, tan completa y precoz, las fuerzas que libertaron al Perú no habrían podido abastecerse y triunfar. Más adelante, las querellas internas de un pueblo victorioso, consolidado, lleno de vitalidad y de gloria, con las mañas de la marcialidad, tan útiles ante el forastero hostil y tan perjudiciales cuando se trata de darle fisonomía y talento a la política interna de un país de moderados juristas y de poetas exaltados, cuando la discordia brotó espinas, al roce de su chismosa punta, el Libertador hizo dibujillos de Santander que no correspondían a la convicción impasible del pasado, sino a la cólera de una época estéril para la mansedumbre crítica y sólo propicia a la parcial censura. Los conceptos de Bolívar adversos a nuestro prócer no son fruto de su certidumbre, sino obra de turbulencias civiles lamentables, mentirosas y ciegas, y obra también de la vieja lucha entre dos sistemas antiguos: Democracia y Dictadura. La Democracia que es la Libertad dándole reglas a la Autoridad, es el sistema político propio para la paz; la Dictadura, que es la Autoridad dándole reglas a la Libertad, es el sistema político propio para la guerra. El enemigo de la Democracia no es la Dictadura sino la Demagogia; al tiempo que el adversario de la Dictadura no es la Democracia sino la Tiranía. Ciertamente el Caraqueño no ha dado patente de corso a los extravagantes enemigos de Santander.

Y el partido conservador tampoco. El señor general amó el orden y la autoridad y al catolicismo también. Fue católico, y el nudo del cordón franciscano selló su cadáver como un juramento de fidelidad ortodoxa! Desde el punto de vista religioso, Santander estuvo más cerca del partido conservador que otros emancipadores gloriosos. Si fue conspirador, sus gritos jurídicos contra lo que él llamaba tiranía, los profirieron en Colombia todos los vencidos cuando el gobierno se equivoca y trata de acantilado con hierro los derrumbes que produce la mecánica de sus errores. Si todo el que conspira contra la autoridad en épocas desapasibles y turbias no fuera conservador, nos quedaríamos sin cierto Julio cuyo bigote cuajado en mármol tiene todavía procelosa complexión de centella.

Entiendo que estoy solo al decir que nuestros partidos políticos nacieron hacia 1840 y que sólo adquieren conciencia de sí propios de la elección de José Hilario López en adelante. La erosión incoercible de los años fue llenando el abismo y hoy sólo persisten diferencias escasas: uno de los partidos ama el fraude a escondidas y el otro ama el fraude con violencias; uno de los partidos sostiene integralmente la Constitución de 1936 y el otro quiere modificaciones tan razona-

bles que algunos liberales de centro adherirían a ellas. Si del plano mental suprimimos aquella discordia de temperamento y este breve divorcio doctrinario y si tomamos en sentido corriente y no filosófico el término liberalismo, es decir, como amor por la libertad, respeto al derecho, garantía para las lenguas y las plumas, tenemos que González Valencia, Restrepo, Concha, Suárez, Ospina y Abadía Méndez, realizaron el liberalismo en el poder y que el país, por tanto, cabe en dos síntesis: el colombiano es católico y liberal; el partido que gobierne dentro de estas dos condiciones, cualquiera que sea su nombre, es siempre mayoría en Colombia. Considero, pues, que es un abuso personal y filosófico ponerles diadema de precursores de nuestras grandezas y bajezas actuales a Bolívar y a Santander: ellos fueron antecesores inmediatos, pero no fueron precursores directos.

El tipo de Bolívar no se repite, no corresponde a ningún pueblo ni a ninguna raza: forma pequeña familia aparte de media veintena de personas que se encargan de atestiguar con sus hechos que hay un Dios, porque es tan desmesurada su grandeza, que no la explica el solo acoplamiento de un hombre y de una mujer: esos hombres son como los dedos que nos hacen sentir las manos del Creador. En cambio, Santander es el arquetipo del gran colombiano de todas las épocas: Rafael Uribe Uribe, José Vicente Concha, Pedro Nel Ospina, Eduardo Santos. Era sagaz en política, fue amoroso de su país, siervo del pueblo que lo ungió con los ardientes óleos de su confianza insegura, cauto en la ambición, escritor preciso de poderosa inteligencia, internacionalista respetable y altivo, amigo de la paz y optimista antes de las elecciones. Santander todos los días renace entre nosotros y gracias a ello somos el honesto principio de civilización política de que se ufana Indo-América.

El partido conservador, que es nacionalista aun cuando pese al personalismo canceroso de estos días, no puede postrar y deprimir ni odiar lo que es tan colombiano, tan nuestro, tan actual y tan histórico y tan lleno de gérmenes de porvenir. Santander amaba el reglamento y el inciso, parecíale la Ley invariable expresión del Derecho, veía la realidad al través de la jurisprudencia y supuso que los hechos se equivocaban si eran contrarios a la doctrina. En una situación de emergencia, esas condiciones pueden ocasionar males y parecer defectos, más en días propicios la anarquía despótica, son ellas un remedio, y en jornadas de tregua, cuando el trigo crece intacto en las eras y no hay fogatas de vivac bajo el azul del viejo firmamento, apelaremos siempre al espíritu santanderista, moderado, trabajador,

magnánimo, sagaz, honestísimo, invicto ante las implacables exigencias del detalle oscuro, terco y numeroso.

La tesis incipiente de que el héroe venezolano y el patricio granadino fundaron nuestros partidos, obedece al atraso del pueblo, entonces harto más inculto que ahora y con vigor mental apenas para acceder a las pugnas personalistas, sin tocar nunca la alta orilla de las ideas. El notable republicano frente al Genio, fue el criterio para clasificar los bandos; mas los copartidarios de Santander sólo debemos buscarlos entre los contemporáneos: Mariano Ospina, Rufino Cuervo, José Ignacio de Márquez, porque herederos suyos somos todos aquí, en esta nación libre y pensativa, que prefiere sublevarse ante el despotismo a besar de rodillas el filo duro de las espadas triunfadoras.

“No puede estar escondida una ciudad situada sobre un monte”. Francisco de Paula Santander está situado sobre la montaña olímpica de nuestra Historia. Apedrearlo desde cien años abajo, es una actitud inútil, porque nuestros guijarros están hechos de postiza dureza y la ciudad álzase sobre materiales que no se deslustran ni fenecen: hazañas administrativas incomparables que sólo él, por vocación especial, pudo cumplir, proezas marciales de clásico timbre preclara adhesión de hombres perspicaces y limpios que contribuyeron a emanciparnos y a formarnos, votos entusiastas de los contemporáneos, amargura de exilio, miel de los honores, liviandad rutilante de sonoros laureles, pesadumbre de adversidades feroces, hez de calumnias que la posteridad desdeña y aun la bochornosa ingratitud, bruñen los muros de la ciudad, que blanca como es y a la distancia, a fuerza de golpes, de cortaduras, de maceraciones crueles, parece ya un titánico vaso de alabastro que no puede estar escondido relampagueando —como se halla— sobre un monte! Lo exacto es que las peores épocas de Colombia coinciden con el abajamiento de la vida jurídica, con la impunidad de los criminales, con el olvido de las leyes, con el personalismo indelicado, con las estrategias de peor clase contra el periodismo libre. Con el imperio de clanes groseros, con la postergación, en fin, del espíritu santanderista. Los extremos políticos salvan en las grandes crisis; mas el ritmo de los pueblos no es la crisis sino la normalidad. Yo no creo que la sombra del hombre a quien honramos asista como una bendición sino como un reproche ciertas maniobras de sospechosa catadura: cuanto sea corromper el Congreso o despreciarlo; prostituir la autoridad política excomulgando en nombre de ella un periódico que le hace competencia al propio, arrojar la Constitución al cesto de los papeles inútiles; luchar aparentemente

contra la enseñanza de los tiranos para ejercer un mezquino y vanidoso despotismo sobre lisos acróbatas que pasan de la diatriba a la adulación y que cambiarían su alma por una curul; entregar a glotonas fauces la riqueza nacional o preferir al extranjero sobre el paisano; trocar la doctrina en una farsa y las peores pasiones en doctrina; obtener con la oferta del holocausto personal que los amigos juren solemnemente la violencia y abandonarlos convirtiendo el heroísmo en turismo, el honor en un trapo y la fisonomía de las arengas en antifaz del ridículo; solicitar que el Congreso enjuicie a un presidente integérrimo y disponer el Capitolio sólo para los entenados, cualquiera que sea su reputación; hacer del poderío financiero opresor instrumento o intranquilizar y aniquilar los capitales por impuro espíritu demagógico; herir las creencias religiosas del pueblo o proceder sin miramiento ante las autoridades eclesiásticas; hacerse indigno de la victoria manchándola con las persecuciones del rencor o destruir la hermosura de la derrota con el pedigüño oportunismo; gobernar sólo en nombre de unos para humillar a los otros, convertir en bajonazos contra el régimen las dificultades nacionales; roer con leyes antieconómicas los fueros de la propiedad o negarle a ésta sus funciones cristianas; desempeñar a la perfección el cargo de chacal amaestrado de la virtud y convivir alegremente con quienes fueron difamados, todo ello traiciona las lecciones que dejara Francisco de Paula Santander. Invocarlo como antepasado o como socio para esos afanes, sería profanación y abuso torvo. Para defender los sistemas opuestos a aquellos, cualquiera que sea el partido desde el cual se ejerciten, hay y habrá siempre en Colombia hombres de todos los campos, aun cuando a veces el cinismo y la complicidad política impidan que las lenguas resuenen a tiempo y que las plumas golpeen sin torcerse.

El señor General Santander no está muerto ni dormido tampoco, ni es tiesa y estéril la losa funeral ennoblecida con su inmarcesible nombre. "No puede estar escondida una ciudad situada sobre un monte. Santander campea en la cima de nuestra Historia, es un faro que se traga la sombra en la nave nocturnal de los años! La toga, su toga de "Padre de la República", tapa la espada del General y sobre ella se abomba como una campana cuyo tañido estremecerá por siempre las inteligencias y el aire. A Bolívar lo inspiraba los hechos y a Santander las normas. En las épocas trémulas, cuando Dios parece olvidarse de la especie y cuando la Caridad se fuga y cuando el itinerario se labra entre peñascos, hay quienes afilan el sable para degollar a la Muerte, al tiempo que otros prefieren el desastre a pagar su salvación con los terrenos de la Libertad. Las jornadas procelosas

explican que el criterio vacile entre las dos escuelas; mas en Colombia es hoy sereno el viaje y una sola escuela gobierna los pensamientos: Santander! Su nombre es la insignia feliz de nuestra patria y ante la losa funesta que cubre el egregio montoncillo de lodo, caemos de rodillas como ante ágil bandera y son sus palabras los radicales de nuestra acción política y sus hechos son nuestro ejemplo y el cuartel general de nuestros partidos políticos tiene su apellido y el ave gigantesca de América recoge con el pico en nuestro escudo las dos palabras que son el zumo de todos sus pensamientos y mientras no se pandee la brisa bajo los tambores ni la rompa el clarín, Colombia aclamará siempre al Cíclope Legalista, al Héroe de la Administración, al "Organizador civil de la República", a Francisco de Paula Santander!

Escuelas, avenidas, parques, edificios rotundos, puentes, departamentos y ciudades, orquestan tu nombre hazañoso, oh, Santander! Los instrumentos solmenes e inefables de tu cortejo, son oraciones, himnos, monumentos, voz de niños, trueno de cañones, graves palabras magistrales y gorjeo de pájaros; cemento y hojas; oro de los caminos, verde charolado de las eras y flores escarlatas, amarillas y azules; agua emplumada de los surtidores con pulmón melódico de aves y cristal destrenzado de los ríos cuya sangre es la espuma; metales plásticos e inmaculadas piedras; corteza sin cesar naciente de los vegetales y poemas arquitectónicos cuyas estrofas son columnas de granito que paralizan el tiempo clavándolo sobre las constelaciones para que desde allí palpite siempre, fúlgida e inmóvil, la gloria imperecedera de tu nombre paternal!

Por honrar tu cuna, Colombia se ha vertido hacia este bronco y soberbio país de tus antepasados y tu infancia. Hace un siglo se apagó tu ojo pardo y fue tu melena como negra llama cuyo combustible era la frente de generosa curva, tan dura y ancha que parecía una cordillera de pensamientos; el labio, conciso y largo como un arco, entreabrióse pugnando por decir aquellas palabras de oro cálido que caían sobre Colombia como chorros de lava; la adelgazada osatura del Procónsul tendióse en el reposo de una cuerda musical de donde brota la sonoridad ascendente de la Historia, marea espumante de huesos inmortales; inmóvil permanece el gentil corazón, pilar purpúreo de la Patria feliz, y las manos se entrecruzaron con fuerza como para impedir que el alma se fugara. Y cien años después, nos despedimos todavía de nuestro muerto inmortal: con nuestro respeto te hacemos una mortaja de terciopelo opulento y silencioso; del duro fondo del féretro logramos con

nuestro amor algo más muelle que la carne de la amada para que sin pena repose allí el polvo de tu cuerpo. El sitio infausto que te guarda, resplandece cual un sagrado monte al fresco brillo de las coronas ofrecidas y porque sobre él los juramentos resuenan como espadas. Tu distante fosa es visible de todos los puntos cardinales, se agita en todos los horizontes cual antorcha de fuego inextinguible y tu nombre es hercúleo monograma sobre el pecho de un pueblo que te aclama como su héroe y que te rinde una lisonja inmortal!